

DUEÑOS DE LAS ESTRELLAS

Irene Abad Gamero

Las estrellas iluminaban levemente las copas de los árboles, el sonido del río que fluía incesante quebrantaba el perenne silencio.

Cargados de ramitas e ilusiones, los niños entraron en casa de su abuela.

—¡Qué tarde llegáis, niños! —exclamó alarmada la abuela.

—Nos entretuvimos por el camino —se disculpó su nieta.

—Me habéis asustado. No volváis a hacerlo, ¿vale?

Todos asintieron, arrepentidos.

—¿Qué nos vas a contar hoy, abuela? —quiso saber un niño.

—¿Más historias de batallas y persecuciones?

—¡Sí! —emocionado, otro niño se subió a la mesa de centro—. ¡Contra piratas y ladrones!

—¡Y contra brujas! —añadió su amigo.

—No, no. Hoy os voy a contar algo un poco distinto. Es más serio que los otros cuentos, por ello necesito toda vuestra atención —declaró la abuela.

—Pero, abuela... —suplicó su nieta—. Yo quiero una de tus historias de aventuras.

—Hazme caso, querida. No te arrepentirás.

La anciana juntó las manos y se dispuso a comenzar su relato:

—«Hubo una gente por estas tierras, eran egoístas y territoriales. Pensaban que todo les pertenecía; sin embargo, nada estaba al alcance de su mano realmente. Su riqueza crecía, su ambición aumentaba, la avaricia no cesaba. Tan imponentes se sentían que se llamaban a sí mismos “El Gran Pueblo”.

Un día aparecieron unos aldeanos que buscaban un hogar mejor, pues el deshielo del verano había inundado la aldea en la que vivían. Tenían la piel y los ojos oscuros y vestían ropas sencillas.

Al instante el Gran Pueblo los rechazó. Dijeron que el agua que corría por aquellos ríos les pertenecía, así como la luz de las estrellas.»

—¿Cómo le puede pertenecer a alguien la luz de las estrellas?

La abuela respondió a la ansiosa pregunta de la niña:

—No puede. Aunque quisieras atrapar su luz sólo para soltarla por el día y después devolverla, no podrías. Las estrellas no nos pertenecen, tampoco el canto del ruiseñor ni la lluvia en la mañana. No nos obedecen. Así como no se puede romper el flujo de la vida o el transcurso de un río, tampoco la inmensidad del firmamento. Se aclaró la garganta y continuó:

—«Entonces los aldeanos tuvieron que buscar refugio en unas chozas de paja frías y nada acogedoras, situadas en una sierra cerca de unas cavernas. Allí sufrieron todo tipo de calamidades, pues la vida en la sierra era dura y peligrosa. Iban recogiendo su historia en un diario de cubiertas de cuero y páginas amarillentas, dejando ahí plasmadas todas sus tragedias.

Un tiempo después, el Gran Pueblo vio cómo los aldeanos bajaban por las laderas de las colinas, desde las cavernas. Los volvieron a echar, y el jefe de la aldea dijo con voz firme: “No hemos venido aquí a arrebatarnos vuestro hogar, sino a despedirnos... Nos marchamos en busca de un lugar mejor, en vista de que vosotros no queréis compartir el vuestro. Queremos ofreceros este presente. Tomad este diario... son vuestras vivencias. Con ellas aprenderéis a no jugar más con la luz de las estrellas.”

Y se marcharon y jamás regresaron. En el Gran Pueblo, el escriba oficial se encargó de leer el diario. En él había escritas trágicas experiencias, pérdidas de vidas, sucesivos tormentos, muertes de niños inocentes... todas las penalidades que habían sufrido los aldeanos. Y se dio cuenta de que aquellos aldeanos de piel oscura eran tan dueños de las estrellas como ellos mismos. Se dio cuenta de que no importaba si ese territorio era suyo o no. Sólo importaba que ellos no tenían casa, y que todos eran humanos.

Así que cogió la pluma y el tintero y se dispuso a escribir lo que convencería a su pueblo.

A la mañana siguiente, temprano, el escriba le contó al jefe lo que había leído del diario en la última página. Inquieto, le pidió al escriba que se lo enseñara. Aunque el jefe no sabía leer, sí supo reconocer algunos caracteres, y pensó que tenía sentido. Reunió al Gran Pueblo y proclamó: “¡Las estrellas nos han ayudado! Este diario ha desvelado la ubicación exacta de un gran tesoro escondido en una de las cavernas en las que estuvieron los aldeanos. Ellos lo descubrieron, pero eran muy pocos para cargarlo y anotaron su lugar exacto. Es nuestra oportunidad de enriquecernos... nos marchamos de aquí.”

Se oyeron gritos de júbilo y alegría. El escriba sonrió. Les esperaba una larga travesía sin sentido llena de dificultades que acabaría en lágrimas y desilusiones. Pero mientras ellos se fueran, los aldeanos repoblarían el lugar, y al fin tendrían hogar.

Cuando ya terminaban de preparar las provisiones, el escriba vio a su pueblo feliz. Y se sintió traidor... traidor y héroe.

Y nadie sospechó jamás que no era real el tesoro del diario, sino que era en verdad la invención del escriba más sabio.»

La voz de la anciana se apagó, finalizando así su historia.

—Entonces... ¿los aldeanos al final poblaron esa región?

—Sí, la poblaron —sonrió la abuela con placidez—. Y creció próspera y feliz, e hizo de esas colinas un lugar en el que la luz de las estrellas siempre brillaría.

El amigo de su nieta inquirió:

—¿Por qué el escriba traicionó a su pueblo?

La abuela frunció el ceño y respondió:

—Nadie podría hacer cambiar de opinión a ese pueblo para que se marchara, pero algo sí podría. El escriba tenía las ideas claras: sabía lo que estaba bien y lo que estaba mal. No le importaba lo que ello conllevara —al ver que la miraban sin comprender, añadió—: A veces... a veces merece la pena sacrificarse por algo, o

por... alguien; anteponer la felicidad del otro a la tuya... porque, simplemente, alguien ha de hacerlo.

—Pero, abuela... —su nieta se removió en el asiento—. ¿Por qué nos cuentas todo esto?

—Niños... Veréis, en la actualidad algo parecido está pasando. Hay unos países que están en guerra, y sus ciudadanos, que no tienen la culpa de nada, huyen para no morir. Y por humanidad los países vecinos deberíamos acogerlos, pero, tristemente, la realidad no es así. Permitimos que mueran a las puertas de la frontera.

—Debemos hacer algo —se decidió su nieta.

—Sí... ¿pero el qué? —su amigo se levantó de un salto.

—Por el momento no mucho —explicó la abuela—. Pero estar informados es un buen comienzo. Buscad en Internet, en libros... las noticias, el periódico... Ese será un gran paso.

—¿Y después?

La anciana sonrió abiertamente. Los niños nunca habían estado tan emocionados, había un brillo especial en sus ojos que delataba sus ilusiones por ayudar al mundo. Así que, sin querer decepcionarlos, contestó:

—De momento, haced lo que os he dicho. Tenéis que, primero, saber a qué os enfrentáis y si realmente queréis hacerlo. Sed el escriba. Él os ha enseñado que con una pluma y un tintero se puede cambiar el mundo. Cread vuestra pluma, vuestro tintero. Después las estrellas os dirán qué hacer.

- Fin -